



Julio Picatoste *



Los dibujos de Unamuno

Con motivo del septuagesimoquinto aniversario de la muerte de Unamuno, la Universidad de Salamanca y la Casa-Museo Unamuno han organizado una exposición de dibujos hechos por el rector salmantino a lo largo de su vida; de los más de 200 que alberga el museo, se seleccionaron 160 que estuvieron expuestos en el Patio de las Escuelas Menores. La exposición ha sido traída a Santiago y se exhibe ahora en la Fundación Torrente Ballester, donde permanecerá hasta el 12 de junio. Tuve ocasión de verla en su primera edición, en Salamanca, en el que podría decirse es su emplazamiento o entorno natural, junto a la orfebrería plateresca de la fachada de su vieja Universidad, "en ese patio que se cierra al mundo" y "habla al alma de lo eterno y lo permanente". Allí, y en una tarde de estimulantes conversaciones unamunianas, visité la exposición acompañado por Francisco Blanco Prieto, buen conocedor de don Miguel, autor de un "Diario final" –camino ya de su tercera edición–, que es una fiel y bien trabada reconstrucción del último tramo de su vida, desde la muerte de su mujer, Concha Lizárraga, en mayo de 1934, hasta la del propio Unamuno, el 31 de diciembre de 1936.

Explica Ana Chaguaceda, directora –alma y savia– de la Casa-Museo Unamuno, que no ha sido la mejor calidad artística de los dibujos lo que ha guiado el criterio selectivo, sino el propósito de dar a conocer la significación que el dibujo tuvo a lo largo de la vida del insigne escritor vasco. Y es que, en efecto, fue esa una afición que con evidente constancia cultivó don Miguel; buena prueba de ello es que la muestra expuesta al público abarca, cuando menos, un período que va desde 1890 a 1935. Aprendió los rudimentos del dibujo de la

mano de Antonio María Lecuona, pintor bilbaíno que tenía el estudio en una especie de buhardilla, en el piso más alto de la casa donde vivía Unamuno. Allí comprobó el joven aprendiz que estaba mejor dotado para el dibujo que para el color, que se le resistía, según él mismo nos cuenta en *Recuerdos de niñez y mocedad*. No obstante el afecto y respeto con que recuerda las enseñanzas del maestro, nos dice que este le hizo la mano, pero que el verdadero camino tuvo que encontrarlo por sí mismo.

Lo que la exposición muestra no es la obra de un artista gráfico, que Unamuno no lo fue, evidentemente, sino el testimonio de una arraigada dedicación. Es la huella de un Unamuno observador que dibujaba para sí, no para otros, y que fue acumulando a lo largo del tiempo dibujos de distinta factura y acabados diversos, a plumilla o lápiz, en cuartillas u octavillas, papeles sueltos, cuadernos, sobres de cartas o haciéndose hueco apretadamente al margen de escritos y notas. Con frecuencia no databa los dibujos, ni les daba título, ni nombre a las personas que retrataba, lo que, en algún caso, ha planteado dudas de identificación.

Descubrimos allí los instantes captados por un Unamuno tierno que retrata a los miembros de su familia, el Unamuno amante de los paseos al aire libre que dibuja animales (toros, vacas, caballos) y árboles de la finca *Traguntia*, o dromedarios, sin duda durante su destierro en Fuerteventura, o rostros

en su mayor parte anónimos; alguno hay conocido: Dorado Montero, Jacinto Benavente, Andrés Segovia. No faltan los dibujos de contenido simbólico –Don Quijote crucificado en una encina–, o religioso y aquellos que dan cuenta del interés del autor por la arquitectura de su entorno.

Reflejaba lo cercano e inmediato, lo cotidiano. La temática es limitada; personas y animales se llevan la palma; dedica atención preferente al rostro humano, que representa casi siempre de perfil. Varios dibujos son retratos de sus hijos; de entre ellos, y por su significación dramática, destacan los del pequeño *Raimundín*, muerto de niño a causa de su hidrocefalia; Unamuno guardó siempre en su cartera

"Unamuno guardó siempre en su cartera un retrato, hecho a lápiz, de ese hijo cuya enfermedad tanto le hizo meditar"

un retrato, hecho a lápiz, de ese hijo cuya enfermedad tanto le hizo meditar, según propia confesión, y a quien dedicó una conmovedora canción de cuna ("Duerme flor de mi vida/duerme tranquilo/que es del dolor el sueño/único asilo..."). Concha, su mujer ("¡Y en lo hondo...ella!"), aparece también en varios dibujos, y aunque sin fecha, se aprecia en ellos el paso del tiempo; en unos aparece joven, erguida, otros la muestran cargada de hombros.

Incluye la exposición varios autorretratos, casi todos de perfil, pues de sí mismo decía tener más fisonomía visto de lado que no de frente.

En alguna ocasión incorporó dibujos propios a sus publicaciones; lo hizo, por ejemplo, con un au-

torretrato que aparece en el artículo así titulado, *Autorretrato* (Revista Ibérica, septiembre de 1902). De otra figura se sirvió para ilustrar la portada –que su autor define como simbólica y truculenta– de su *Abel Sánchez*.

Salgo del recinto pensando que aquel rosario largo de dibujos sacados de la intimidad, cuya exposición a los ojos curiosos del público nunca su autor hubiera imaginado, constituyen una minúscula muestra de la intrahistoria personal y cotidiana del Unamuno que volcaba sobre el papel la instantaneidad de su vida doméstica, rostros desconocidos, tal vez tomados al hilo de sus tertulias en el casino, imágenes rurales captadas en sus horas de

reposo y ocio en el campo charro.

Fuera ya del Patio de las Escuelas Menores, dejamos atrás a Fray Luis de León, "sobre su pedestal, con un eterno gesto de apaciguamiento", "meditando de Job los infortunios", y en dirección a la Plaza de Anaya, seguimos por la calle Libreros para girar bajo el ancho balcón de la Casa-Museo que aún conserva la parra que cantó su morador ("rectoral parra/que de zarzillos con la tierna garra/prende su hiello"); mientras caminamos, Francisco Blanco me habla de su próximo libro acerca de la intensa vida académica de Miguel de Unamuno, a cuya presentación, en septiembre, quedo emplazado; allí estaré con tal motivo, en la dorada Salamanca, "renaciente maravilla", pues enhechizada traigo la voluntad de volver a ella.

* *Magistrado de la Audiencia Provincial en Vigo*